

Carlos Véjar Pérez-Rubio, *Las danzas del huracán. Veracruz y La Habana en los años treinta*¹

Rafael Carralero²

Recepción: 3 de diciembre de 2015 / Aprobación: 8 de diciembre de 2015

Las danzas del huracán. Veracruz y La Habana en los años treinta de Carlos Véjar es desde ahora un texto de consulta indispensable para quienes pretendan adentrarse en la historia, la cultura y la existencia misma del Caribe como fenómeno cultural de singular trascendencia. Más allá de su título, por cierto sugerente y evocador, Véjar abarca un tiempo y un espacio que desborda la propuesta de Veracruz y La Habana en los años treinta del siglo pasado. Nos arrastra, nos conduce virtuosamente hacia esas danzas del huracán que es el Caribe bravío e inconmensurable.

El Caribe, insular y continental, incluyendo su extensión cultural más allá de lo que las aguas de ese mar consiguen bañar, no puede definirse como una simple región del planeta, ubicada tal vez entre dos mundos que durante siglos se miran a distancia, se unen, se enfrentan y de cierta manera se complementan. El Caribe es una concreción cultural de magnitudes irrepetibles. Por encima de su pertinencia estratégica, que la convirtió en zona indispensable para el colono europeo primero y permanentemente apetecida por el poder expansionista estadounidense después, el Caribe es esa concreción donde razas, culturas, lenguas, costumbres, religiones y, en consecuencia, visiones del mundo, terminan formando un universo peculiar difícilmente repetible.

En un período histórico relativamente corto esa diversidad, sin dejar de serlo, se convirtió en una dimensión cultural con sello propio. Un hombre, un carácter y una cosmovisión convirtieron al Caribe en esa concreción a la que nos hemos referido; la que estudia Carlos Véjar, no solo a partir de un impresionante rastreo bibliográfico de diferentes signos y ubicaciones científicas e ideológicas, también partiendo de un conocimiento personal del escenario, de una capacidad inmensa de observación y análisis. Historia, etnografía, política, sociología y antropología, entre otras disciplinas, son hurgadas por Véjar para ofrecernos una visión rica del acontecer caribeño y de su personalidad cultural, por así llamarle. La Habana, probablemente la ciudad menos caribeña de

¹ México: CONACULTA-CIALC-UNAM, 2013.

² Cubano-mexicano. Escritor. Presidente de la Asociación de Intercambio Cultural José María Heredia. Doctor en Letras Contemporáneas por la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba. Correo electrónico: rcarralero@hotmail.com



Cuba, pero Caribe por su naturaleza cultural, y Veracruz, bañada por las aguas del golfo, en cuyas olas cabalga siempre el Caribe inconmensurable, aunque no sea propiamente Caribe, son tomadas por Véjar con acierto para ofrecer la imagen de dos escenarios que parecieron uno en los años treinta del siglo pasado y que hoy siguen pareciendo partes de una misma metrópolis.

Al modo que podríamos hacer los novelistas, Véjar va y viene en el tiempo, busca el acomodo temporal en esa historia vertiginosa en la que el Caribe se vuelve propuesta civilizatoria y potencia cultural, donde el hombre y su entorno se enriquecen, se funden y emergen de su pluralidad con esa personalidad a la que nos hemos referido. No escapa a la mirada del autor la importancia que en ese emparentamiento histórico tiene la economía de plantación.

Carlos Véjar explora los más diversos acontecimientos que fueron configurando al Caribe de hoy: sistema de plantación, esclavitud, colonialismo y neocolonialismo, sincretismo religioso, clima, ritmos y creación artística, pero se detiene, como buen arquitecto, en el factor ambiental, que también forma carácter y define personalidad. Desde la riqueza que implica el eclecticismo arquitectónico que caracteriza a la región y que emparenta de manera definitiva a La Habana y Veracruz. Similitudes que se observan también en la naturaleza; en la flora, la fauna, en el mar profundo y azul, en las blancas arenas y en el temperamento de sus habitantes. Sobre todo en la personalidad solidaria y en el modo inconfundible de disfrutar los ritmos de la música y el baile ardiente, donde lírica y tambor parecen convivir en armonía perfecta.

A ese universo ambiental le presta nuestro autor particular atención, pero hay que destacar el modo con que logra penetrar ese ambiente que es reflejo de la sociedad. Anda Carlos Véjar por La Habana, la describe y la caracteriza al modo que podría hacerlo un habanero profundo, un nativo de Luyanó o de La Víbora. La describe en el tiempo y la contextualiza constantemente a partir de su ambiente y de su historia. Lo mismo hace con Veracruz, aquella Veracruz de los años treinta y de la historia. La ciudad que albergó en ciertos momentos la inteligencia y la bohemia, propias y foráneas. La ciudad que fue y sigue siendo un referente cultural y un sitio para encontrar la paz en el bullicio de sus plazas, de los centros nocturnos, de las tertulias y de la vieja Parroquia, que guarda todos los recuerdos. Veracruz hospitalaria, al modo que lo es La Habana, puerto y hogar para los foráneos, que muchas veces saben dónde llegan, pero no dónde amanecerán.

Como si fuera un luyanocero observador, rastreador en la historia, Carlos nos habla de La Habana que fue paraíso para la mafia gringa, de casinos deslumbrantes y una vida nocturna que era espejismo de prosperidad. La Habana de la Bodeguita del Medio, del Floridita, de la calle Obispo, del estilo afrancesado que a ratos alterna con las más diversas propuestas arquitectónicas. La Habana que fue bocadillo apetecido por españoles, ingleses y finalmente estadounidenses. La Habana desbordante de alegría y de nostalgia. La Habana



de dictadores y luchas libertarias, la de los ritmos inconfundibles y de brazos abiertos para recibir al amigo. En fin, La Habana de Carlos Véjar, porque también es suya.

Todo esto se encuentra en este importantísimo libro de Carlos Véjar, un texto que ningún amante del Caribe podrá evadir. Libro del rigor de análisis y de investigación de un hombre meticuloso y profundo. Un intelectual que le rinde tributo al conocimiento y a la palabra, esa que usa como Dios y Cervantes mandan.